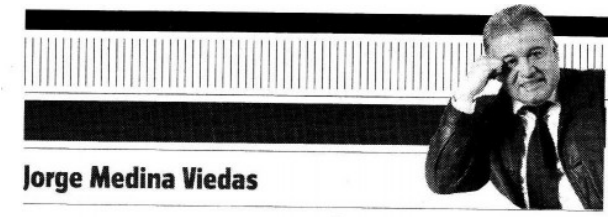
MILENIO

Fecha	Sección	Página
04.01.2009	Opinión	13



Jorge Medina Viedas

México en 2009

México ha resistido. A nadie en especial, pero digamos que ha soportado: las desgracias del siglo pasado han sido muchas: grandes y pequeños terremotos políticos y sociales cruzaron el siglo. Crecimos en población y en infraestructura diez veces más de lo que éramos en el siglo XIX. Con las transformaciones económicas cambiamos de estructura poblacional, desaparecieron pueblos y crecieron enormemente las ciudades.

En el México finisecular, alcanzamos a darnos democracia e instituciones que parecía que colocaban al país en el umbral de la modernidad política y social. Como si la democracia hubiera desatado los demonios, creció la delincuencia, la violencia y la inseguridad. La política perdió densidad y hasta cierta dignidad. Se fortalecieron los poderes fácticos que se enfrentaron a los constituidos.

Hoy, lo cierto es que, en la primera década del siglo XXI, somos una de las grandes economías del mundo y nadie pude negar que somos un país con importantes logros; pero de poco sirve si nuestra desigualdad social es brutal, y cuando los viejos atavismos de la violencia se han vuelto más crueles y virulentos, gravemente amenazantes a la viabilidad del país.

Y es que no hay democracia que resista una agresión tan brutal como la que se está dando hoy contra el sistema político. No hay poder exento de los efectos de los golpes del crimen organizado. Durante años han tenido al gobierno en estado de sitio. Por eso cuesta trabajo asegurar que no hay legisladores ajenos a los grupos del *narco* o a los intereses de los grupos que controlan actividades ilícitas; cómo negar que centenas de jueces están involucrados en la corrupción y someten sus sentencias al mejor postor; está comprobado que el Ejecutivo está mermado por la corrupción de algunas fuerzas bajo su mando.

Las instituciones no pueden quedar indemnes ante la infamia del ataque: se les abate su confianza, su eficacia y su moral. La presidencia misma ha sufrido el efecto de la lucha contra el crimen organizado. Se duda mucho de los resultados obtenidos hasta hoy, mucho más de los futuros. Su credibilidad es socialmente frágil. Resulta trágico que se apunte como una de sus victorias la creencia, ciertamente mayoritaria, de que Juan Carlos Mouriño murió en un accidente y no víctima de un atentado. Aunque el subcomandante Marcos, afirme esto último, que me permite recordar que ni Dios está para cambiar la verdad de los hechos, y menos si llega después de tanto tiempo a hablar de éste y otros asuntos.

Pero volviendo al tema, en un contexto problemático como el actual —tan fácil de identificar, tan difícil de resolver— los pronósticos sobre 2009 no pueden ser optimistas. Si perdimos más de lo que ganamos en 2008, no tenemos por qué pensar que este año puede ser bueno. La difícil situación económica con la que cerramos diciembre y con los barruntos negativos que ya se advierten en el presente, sirven para agudizar el pesimismo social.

En este ambiente, la lucha política que nos traen las elecciones federales de diputados en 2009, si se insiste en privilegiar el conflicto y se llevan las diferencias al nivel del golpe bajo y a las campañas sucias entre los protagonistas, lo único que provocará es una mayor profundización en la falta de credibilidad en las instituciones.

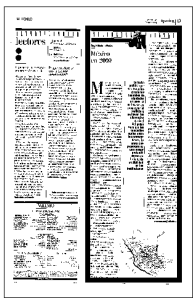
En ello tendrán una grave responsabilidad los gobernadores y los diferentes partidos, que son los contendientes de un territorio acotado, con enfrentamientos más focalizados en lo programático y lo político.

Por la inercia del localismo y la reyerta, se corre el riesgo de que se pierda de vista lo nacional y queden ausentes los debates de lo global y los temas importantes. No hay que olvidar que se trata de una legislatura que se hará responsable de la conmemoración de nuestros hitos cruciales: la Independencia y la Revolución, y de los momentos en que surgirán de nuevo a discusión de los mexicanos, los grandes problemas nacionales, como en su momento, en 1909, propicio la obra de Andrés Molina Henríquez.

No permitamos, como ha dicho Mark Pesce, que las instituciones sociales, que se desarrollaron desde el comienzo de la era liberal, sean colocadas contra la pared, amenazadas por una sierra eléctrica que busca destrozarlas. Y no olvidar, ahora menos que nunca, que la política, así como las instituciones que nos hemos dado, "ahora caminan por el filo de la navaja, entre el pasado que ya no funciona y un futuro de caos". ■M

jorge.medina@milenio.com

Continúa en siguiente hoja



La lucha política que nos traen las elecciones federales de diputados en 2009, si se insiste en privilegiar el conflicto y se llevan las diferencias al nivel del golpe bajo y a las campañas sucias entre los protagonistas, lo único que provocará es una mayor profundización en la falta de credibilidad en las instituciones

MARIO TUANTOS